

## Las causas del abogado del diablo

*López sin tapujos. Antología de los escritos más polémicos de Alfonso López Michelsen*

ALFONSO LÓPEZ MICHELSEN

Penguin Random House, Bogotá, 2015, 291 págs.

DESPUÉS DE leer los más de cincuenta textos que conforman esta antología, queda convencido el lector de que, efectivamente, cuando López Michelsen hablaba, ponía a pensar al país. Sí, pero también lo habrá puesto a rabiar, porque en su ánimo estaba polemizar. Lo suyo era el arte de disentir con un encadenamiento argumentativo al que solo expertos contradictores podían encontrarle el punto de quiebre, que no es el propósito de esta reseña, aunque mencionaremos uno que otro esguince.

Si bien existen varias compilaciones de la obra de López Michelsen, la mayoría de ellas publicadas en vida del autor, el mérito de la presente es que Juan Leonel Giraldo, curtido editor, hizo una completa selección que abarca desde los escritos de juventud hasta los de madurez, estos últimos publicados en su columna de *El Tiempo*. Y para mantener la tradición familiar, Juan Manuel López hace el prólogo.

Empieza el libro con el famoso escándalo de la Handel, que empañó el segundo gobierno de López Pumarejo. Pero en sus descargos por la compra de acciones de la empresa holandesa, el hijo del Ejecutivo califica de fábulas todos los hechos. Ocho lustros después, en 1985, menciona en su favor el libro *Colombia nazi*, de Alberto Donadio y Silvia Galvis, “personas desafortunadas a mi nombre” [pág. 22], quienes después de escudriñar archivos diplomáticos no encontraron pruebas para sindicarlo, afirma el autor. Sostiene que todas las operaciones bursátiles fueron legales.

Con excepción del citado artículo, algo confuso y enmarañado, la mayoría de textos se leen sin tropiezos, gracias a la fluidez y claridad características del autor; además, por esa curiosa mezcla de estilo coloquial y erudito salpimentado con apuntes irónicos y con aforismos que a menudo abren y cierran de forma contundente

sus ensayos, a la manera clásica (oportuno este aforismo de la tradición colombiana que cita: “la paz llega con todos sus horrores”).

Sin desconocer tampoco sus habilidades retóricas para jugar con metáforas encadenadas y con analogías que transportan visualmente las ideas. Así exhorta la revolución agraria, por ejemplo:

hay que hacer, ahora sí, un verdadero propósito nacional de no dejar que la embarcación navegue únicamente con la corriente del río, sino ponerle un motor que la haga sobrepasar a aquellas otras embarcaciones que solo navegan sobre el domo dócil de las aguas [pág. 92].

También se asoma en estos escritos su faceta de filólogo, que lo lleva a registrar los nuevos verbos en cada época, como “incorar” (venderle tierras al Incora aprovechando el negocio), “casetear” (grabar conversaciones privadas entre hombres públicos), “chuzar” (interceptar conversaciones telefónicas). En la sección final de Cultura, deja un valioso testimonio sobre cómo escribe sus crónicas, inspirado en Madame de Sevigné. Allí explica el proceso que empieza con el hallazgo de un tema de interés público y sigue con la “carpintería”, buscando esa rara virtud de la concisión.

Pronto se asoma el fogoso líder del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), que tanto agitó el debate en tiempos del Frente Nacional —llamado por el autor, la Gran Coalición—, quien pasaba por el paredón al dictador Rojas Pinilla, sin dejar indemnes a los artífices del modelo de alternancia en el poder y a los imperialistas. Arrecrian sus ataques contra la reforma agraria de Alberto Lleras que, según él, “no es revolucionaria y va contra la historia”. Nada que ver con la del Gobierno de la Revolución en Marcha, aunque ya en su senectud reconoce que la Ley 200 de 1936 no buscaba dotar de tierra a los campesinos, sino impedir las invasiones de tierras.

Una y otra vez vuelve López sobre el tema de la reforma agraria y muchas de sus ideas podrían iluminar las actuales discusiones en torno a la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras y a la más polémica Ley Zidres para poner a producir los baldíos.

No faltan en este compendio de material inflamable los artículos contra ‘el Bachiller Cleofás’ —el malquerido Carlos Lleras Restrepo, al menos en su faceta de columnista, que no en la de estadista— y con puntillosa ironía se refiere a la compilación de sus escritos, publicados en la revista *Política* bajo el seudónimo de Cleofás Pérez. Con frases como esta, liquida al pensador liberal: “hay algo pomposo, sentencioso, de falso oropel que los asimila a uno y a otro (a D’Annunzio y a Lleras). Los afeites de la literatura, como en las mujeres que fueron hermosas, lejos de redimir condenan al más implacable de los infiernos: el anacronismo” [pág. 113]. Y para rematar, vincula sus crónicas con el estilo greco-quindiano que elevaron a las cumbres del barroquismo sus cultores paisas.

No es menos punzante con Lucas Caballero Calderón, el famoso Klim, y con Enrique Caballero Escobar, autor de *El mesías de Handel*, escrito sobre el susodicho negociado. Según López, sus parientes se dedicaron a zaherirlo en sus columnas durante décadas. A Klim no le perdona que hubiera hecho “burlas sangrantes” de sus coetáneos explotando sus defectos físicos y utilizando apodos (los mismos que hicieron las delicias de sus lectores). Aunque él mismo trata a quien fuera su discípulo en el Gimnasio Moderno de *señorito bogotano*. Claro que más gracia le habrá causado al temible Klim el final de este escrito, donde López pide en el Día de Acción de Gracias (tan ajeno a estas latitudes) moderación y solidaridad con el prójimo.

Tras leer estos artículos, no queda muy convencido el lector de lo que afirma Juan Manuel López en el prólogo, a propósito de que su padre: “no escribe desde las entrañas, sino desde la cabeza, no desahoga odios ni resentimientos, igual que no venera ni juzga el carácter o la naturaleza de los individuos” [pág. 12]. Bien sabemos que de alguna manera le ganó la pelea a Klim, quien prefirió renunciar a su columna en *El Tiempo* antes que silenciarse, como le pidieron los áulicos del presidente en las postrimerías del Mandato Claro.

Pero quizás el texto más curioso es la carta que dirige el presidente López al expresidente Mariano Ospina Pérez con motivo de un artículo de la sena-

RESEÑAS		PERIODISMO
<p>dora Bertha Hernández de Ospina sobre la hacienda La Libertad, escrito en su columna de <i>El Siglo</i>: “su señora trata de insinuar que la construcción de la carretera alterna al Llano tiene por objeto valorizar una propiedad adquirida por mi hijo” [pág. 33]. Como mandarle un vainazo a Bolívar para que lo entienda Santander. ¿Por qué no dirige la misiva a la senadora del Partido Conservador, autora de la venenosa columna “El Tábano”, con voz y voto en su partido y seguramente en su casa? ¿Machismo o conducto presidencial regular?</p> <p>No tienen desperdicio los textos tomados del libro <i>Colombia en la hora cero</i> (1963), que López escribió en la clandestinidad, en México y Estados Unidos, durante la dictadura de Rojas Pinilla. Allí denuncia los apetitos desafortunados del caudillo, que pretendía convertir la República en su hacienda particular y refuerza su diatriba evocando al Gran Burundún-Burundá del poema de Jorge Zalamea. Y fiel a su espíritu revolucionario, defiende el derecho a la autodeterminación del pueblo cubano, en contra de los intereses del Imperio. Como en otros artículos, se apoya en comentaristas de acreditados medios extranjeros, como <i>Time</i>, <i>New York Times</i>, <i>The Economist</i>, entre otros que le daban el contexto internacional al escritor público.</p> <p>Llama la atención por su vigencia el discurso titulado “Las contradicciones entre nuestro sistema económico, el de la sociedad opulenta y el problema del despilfarro”, donde afirma que “vivimos bajo el signo del desperdicio”, principalmente, el del desperdicio de la tierra, dedicada a cultivos extensivos o a ganadería; desperdicio de las riquezas naturales, de la mano de obra, etc. Y acusa al Frente Nacional de haber desarrollado una política económica propia de un país capitalista, donde se fomentan la libre empresa y la inversión extranjera, sin realizar cambios estructurales que combatan el subdesarrollo.</p> <p>De ahí que abogue por una verdadera reforma agraria “que complete la Revolución en Marcha”, una frase repetida en el libro como un mantra. Y tilda de “farsa” la reforma agraria que impulsó Lleras Restrepo (ley 135 de 1961) en el gobierno de Lleras Camargo, bajo la presión de Estados Unidos.</p>	<p>Con su habilidad para señalar paradojas, dice López que en ningún país se ha visto que una reforma agraria haya despertado tal entusiasmo entre los terratenientes por lo que traía aparejada un alza en los precios de la propiedad raíz. Y tras elogiar las verdaderas revoluciones del campo que se produjeron en México y en Cuba, admite que la de la “Revolución en Marcha” quedó truncada.</p> <p>A partir del capítulo IV y hasta el XI, el antologista recoge los textos de madurez que hablan sobre política, economía, agricultura, anécdotas históricas, tratados y límites polémicos (como el de Los Monjes), conflicto armado, cultura, igualdad de sexos y hasta de teología, sin que falte, claro está, su homenaje al vallenato. Espigando aquí, allá y acullá, sorprenden sus críticas acérrimas a la Constitución del 91 y a la Corte Constitucional, que consideró innecesarias y populistas (en otro artículo recuerda que él fue el ideólogo de la Asamblea Constituyente porque en 1962 apeló al Constituyente Primario con el MRL).</p> <p>Cuando se cumplieron los diez años de la nueva Carta, volvió al ataque e ironizó sobre el hecho de que las minorías hubieran tenido tan escasa presencia en el Congreso y no hubiera habido hasta entonces ¡ni un ministro “de color” en el gabinete! Murió el expresidente en julio de 2007, poco después de que se posesionara la ministra de Cultura, Paula Marcela Moreno (“de color”), pero convencido de que la Carta de 1991 no trajo la renovación radical de la política, aunque se hubiera mitificado como la más incluyente.</p> <p>En todo caso, no dejan de resultar extemporáneas sus reflexiones de sabio de la tribu sobre el liderazgo y los cambios estructurales que necesita el país, viniendo de alguien que tuvo el privilegio de gobernarlo y la oportunidad de transformarlo, a quien las centrales obreras hicieron un paro nacional en septiembre de 1977, aunque él lo niegue en otro de sus escritos. Paradójicamente, para legitimarse, cita un artículo de Álvaro Gómez Hurtado en <i>El Siglo</i>, para quien el paro laboral había fracasado, pero los manifestantes se ensañaron con el transporte público. Como se ve, López fue todo un experto en hacer la tortilla</p>	<p>sin romper los huevos, retomando otro de sus salerosos dichos.</p> <p>Resultan aleccionadoras sus columnas sobre el fracasado proceso de paz de Pastrana, con un título demoleedor: “El Caguán: un santuario o un encarte”. Y así como respalda el proyecto de la senadora Piedad Córdoba para reconocer los derechos patrimoniales de las parejas del mismo sexo (en lo que parece incidir su admiración por Oscar Wilde), también hace una conmovedora defensa de los clubes sociales que tendrían que pagar tributo a la DIAN... ¡Por Dios!, exclama indignado, fiel a su espíritu de clase.</p> <p>Pero sí se echan de menos en esta compilación de Leonel Giraldo las explicaciones que dio sobre el cuestionado encuentro que tuvieron él y el procurador Carlos Jiménez Gómez con narcotraficantes colombianos en Panamá, en 1984, que la revista <i>Semana</i>, dirigida por su hijo Felipe, tituló “Cita con el diablo”; sobre el apoyo financiero que supuestamente dio el cartel de Medellín a su campaña presidencial de 1982, sobre su respaldo al presidente Ernesto Samper Pizano durante el Proceso 8000 y sobre sus apreciaciones del primer gobierno de Uribe Vélez, que habrán animado el cotarro.</p> <p>A los 90 años y en una de sus columnas de <i>El Tiempo</i>, lo máximo que reconoce es que los antiguos dirigentes liberales “cometimos errores y ahora los estamos pagando” [pág. 169]. “Que me perdone Dios”, diría él, como reza el estribillo del <i>Santo Cachón</i> que cita en alguno de los textos. En todo caso, hasta el fin de sus días estuvo en la jugada, resistiéndose a ser un “mueble viejo”, como la mayoría de los expresidentes.</p> <p style="text-align: right;"><b>Maryluz Vallejo</b></p>